

Cuarta aparición

Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro, para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole:

—¿Adónde vas, hijo mío, y qué camino es el que has seguido?

Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbación, postrado de rodillas:

—Niña mía muy amada, y Señora mía, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueño mío, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo, y mi tío, de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al templo de Tlaltelolco, en la Ciudad, á llamar un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle; que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y después de haber hecho esta diligencia volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mía, y ten un poco de sufrimiento, que no me excuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.

Oyó María Santísima, con semblante apacible, la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:

—Oye, hijo mío, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu madre?

¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo, y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque; y ten por cierto que ya está sano (y fué así, según se supo después, como se dirá adelante).

Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo:

—Pues envíame, Señora mía, á ver á el Obispo, y dame la señal que me dijiste, para que me dé crédito.

Díjole María Santísima:

—Sube, hijo mío muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has viste y hablado, y corta las rosas que hallares allí, y recógelas en el regazo de tu capa, y tráelas á mi presencia, y te diré lo que has de hacer y decir.

Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabía de cierto que no había flores en aquel lugar, por ser todo peñascos, y que no producía cosa alguna. Llegó á la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de Castilla, frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manta ó tilma, como acostumbran los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y llevólas á la presencia de la Virgen María, que le aguardó al pié de un árbol que llaman *Cuauzahuatl* los indios, que es lo mismo que *árbol de telas de araña*, ó *árbol ayuno*, el cual no produce fruto alguno, y es árbol silvestre, y sólo da unas flores blancas á su tiempo; y conforme al sitio, juzgo que es un tronco antiguo, que hoy persevera en la falda del cerro, á cuyo pié pasa una vereda, por donde se sube á la cumbre por la banda del Oriente, que tiene

el manantial de agua de alumbre de frente: y aquí fué, sin duda, el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita Imagen; porque, humillado el indio en la presencia de la Virgen María, le mostró las rosas que había cortado; y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo:

— *Ves aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás que por señas de estas rosas haga lo que le ordeno; y ten cuidado, hijo, con esto que te digo; y advierte que hago confianza de tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora: y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi Templo.*

Y dicho esto, le despidió la Virgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría buen suceso, y surtiría efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas, sin soltar alguna, las venía mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.

Aparición de la Imagen

Llegó Juan Diego, con su postrer mensaje, al palacio Episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Señor Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que, enfadados de sus

importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna cosa: quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible á su cortedad, con todo le hicieron descubrir con alguna escasez lo que llevaba: viendo que eran rosas, intentaron coger algunas viéndolas tan hermosas; y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta.

Dieron los criados noticia de todo al Señor Obispo; y habiendo entrado el indio á su presencia, y dándole su mensaje, añadió que llevaba las señas, que le había mandado pedir á la Señora que lo enviaba: y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vió en ella pintada la Imagen de María Santísima, como se ve en el día de hoy.

Admirado el Señor Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas y con rocío, como recién cortadas, siendo el tiempo más riguroso del invierno en este clima, y (lo que es más) de la Santa Imagen que pareció pintada en la manta, habiéndola venerado como cosa celestial, y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenía atrás en el cerebro, y la llevó á su oratorio; y colocada con decencia la Imagen, dió las gracias á Nuestro Señor y á su gloriosa Madre.

Detuvo aquel día el Señor Obispo á Juan Diego en su palacio, haciéndole agasajo; y el día siguiente le ordenó que fuese en su compañía y le señalase el sitio en que mandaba la Virgen Santísima María que se le edificase Templo. Llegados al paraje, señaló el sitio, y sitios en que había visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios; y pidió licencia para ir á ver á su tío Juan

Bernardino, á quien había dejado enfermo: y habiéndola obtenido, envió el Señor Obispo algunos de su familia con él, ordenándoles que si hallasen sano á el enfermo lo llevasen á su presencia.

Quinta aparición

Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacían, cuando llegó á su casa le preguntó la causa de aquella novedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al señor Obispo y como la Virgen Santísima le había asegurado de su mejoría: y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le había dicho que estaba libre del accidente que padecía, afirmó Juan Bernardino que en aquella misma hora y punto había visto á la misma Señora en la forma que le había dicho, y que le había dado entera salud, y que le dijo: «como era gusto suyo que se le edificase un Templo en el lugar que su sobrino la había visto; y así mismo que su Imagen se llamase Santa MARÍA DE GUADALUPE:» no dijo la causa; y habiéndolo entendido los criados del señor Obispo, llevaron á los dos indios á su presencia: y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad y el modo con que había cobrado salud, y qué forma tenía la Señora que se la había dado, averiguada la verdad, llevó el señor Obispo á su palacio á los dos indios á la ciudad de México.

Ya se había difundido por todo el lugar la fama del

milagro, y acudían los vecinos de la ciudad á el palacio Episcopal á venerar la imagen. Viendo, pues, el concurso grande del pueblo, llevó el señor Obispo la Imagen Santa á la Iglesia Mayor y la puso en el altar donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que había señalado el indio, en que se colocó después con procesión y fiesta muy solemne.

Esta es toda la tradición sencilla y sin ornato de palabras, y es en tanto grado cierta esta relación, que cualquiera circunstancia que se le añada, si no fuere absolutamente falsa será, por lo menos, apócrifa, porque la forma en que se ha referido es muy conforme á la precisión, brevedad y fidelidad con que los naturales cuerdos é historiadores de aquel siglo escribían, figuraban y referían los sucesos memorables.

El motivo que tuvo la Virgen para que su Imagen se llamase de Guadalupe, no lo dijo, y así no se sabe, hasta que Dios sea servido de declarar este misterio.

Hasta aquí llega la tradición primera, más antigua y más fidedigna, por lo que se dirá después.

Algunos ingeniosos se han fatigado en buscar el origen del apellido Guadalupe que tiene el día de hoy esta Santa Imagen, juzgando que encierra algún misterio. Lo que refiere la tradición sólo es que este nombre no se le oyó á otro que al indio Juan Bernardino, el cual ni lo pudo pronunciar así ni tener noticia de la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe del Reino de Castilla. A que se llega la poca similitud que tienen estas dos imágenes, sino es en ser ambas de una misma Señora, y esta se halla en todas: y recién ganada esta tierra, y en muchos años después, no se hallaba indio que acertase á pronunciar con propiedad nuestra lengua castellana, y

los nuestros no podían pronunciar la mexicana si no era con muchas impropiedades. Así que, á mi ver, pasó lo siguiente: esto es, que el indio dijo en su idioma el apellido que se le había de dar, y los nuestros, por la asonancia sola de los vocablos, le dieron el nombre de Guadalupe, al modo que corrompieron muchos nombres de pueblos y lugares y de otras cosas de que hoy usamos, de que se pudieran traer aquí muchos ejemplos. Y por que no nos apartemos mucho, este nombre *Tacubaya*, de un lugar tan cercano á México, se llamó así porque en la lengua mexicana le llamaron los naturales *Atlauhtlacoloayan*, y no pudiendo pronunciar los nuestros, lo llamaron, sincopando el nombre, *Tacubaya*; y es tan propio el nombre mexicano, que su significado es *lugar donde tuerce el arroyo*, como es verdad en el hecho. Llegaron los españoles al pueblo de *Cuernabaca*, y porque oyeron á los indios llamarlo *Cuauhnahuac*, que significa *cerca de la arboleda*, que es lo mismo que *al pié de la montaña*, como se vé por la asonancia de las voces, se llama *Cuernabaca*. Lo mismo pasó con el nombre de la ciudad de *Guadalajara*, porque los naturales la llaman *Quauhaxallan*, que diferencia en pocas letras del nombre *Guadalajara*. De lo dicho se deja inferir que lo que pudo decir el indio en su idioma fué *Tequantlanopeuh*, cuya significación es *la que tuvo origen de la cumbre de las peñas*, porque entre aquellos peñascos vió la vez primera Juan Diego á la Virgen Santísima, y la cuarta vez, cuando le dió las rosas y su bendita Imagen, la vió bajar de la cumbre del cerro de entre las peñas; ú otro nombre pudo ser también que dijese el indio: esto es, *Tequantlaxopeuh*, que significa *la que ahuyentó ó apartó los que nos comían*, y siendo el nombre metafórico, se

entiende por las bestias, fieras ó leones. Y si el día de hoy le mandásemos á un indio de los que no son muy ladinos ni aciertan á pronunciar nuestra lengua que dijese de Guadalupe, pronunciaría *Tecuatalope*, porque la lengua mexicana no pronuncia ni admite estas dos letras *g d*, la cual voz, pronunciada en la forma dicha, se distingue muy poco de las que antes dejamos dichas. Y esto es lo que siento del apellido de esta bendita Imagen.